

# REFLEXIONES SOBRE LA IDEA Y LA EXISTENCIA DE LAS ARISTOCRACIAS EN LAS SOCIEDADES

Discurso pronunciado por el *Ilmo. Sr. Don José F. Ballester-Olmos y Anguís* con motivo de su recepción como Académico de Número

## INTRODUCCIÓN

Hay honores que abruman y honores que complacen. Honor es, y no pequeño, el que me ha otorgado la Academia Valenciana de Genealogía y Heráldica al encargarme que pronuncie el discurso de ingreso en representación de mis ilustres compañeros y compañeras que conmigo alcanzan los laureles de la condición de Miembro Correspondiente y de Número de esta Corporación.

Y digo que es para mí éste un honor complaciente porque me brinda la ocasión de expresar en público y hasta con cierta resonante solemnidad la gratitud que como valenciano y universitario debo a la labor que desde esta institución cultural se está desarrollando en pro de varias parcelas de la historiografía valenciana que no habían sido exploradas ni investigadas con la debida intensidad desde mediados del siglo XX, cuando personajes de la talla del barón de San Petrillo desarrollaron profusas y extensas líneas de investigación que, tras ser publicadas y agotarse en aquellos años los libros y opúsculos que las contenían, hoy siguen siendo referentes de primera magnitud y constituyen verdaderas joyas en nuestras bibliotecas.

Una institución como la que hoy nos acoge en su claustro, tiene vocación de trasunto de aquellas que nacieron en la Ilustración como entes consultivos de la Corona, y de otras que germinaron en los siglos de la modernidad al amparo de la Corona española y fueron consagradas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Instituto de España. Una corporación de tal talla, promotora del saber en una extensa y multidisciplinar parcela que engloba entre otras materias de estudio el pasado de las estirpes, el nexo de sus individuos y los emblemas que los distinguen desde antaño, debe cumplir su misión según el triple imperativo que expresan estos tres términos: tradición, actualización e innovación. Efectivamente, Schleiermacher distinguió tres niveles en la difusión social del saber: la Escuela, en la cual se enseña y no se investiga; la Universidad,

en la que se enseña y se investiga, y la Academia, en la cual, aunque no se enseña ni se investiga, los expertos se reúnen para comunicarse sus descubrimientos y sus ideas. Apostillando el aserto del filósofo alemán debe dejarse bien sentado que, históricamente, en España y Francia el objeto de las Academias es más excelso, porque no sólo son unos órganos deliberativos, sino consultivos, dictaminantes e incluso normativos.

En el día de hoy esta institución que preside con acierto y sabio criterio nuestro ilustre amigo el coronel de León se reúne en esta sesión protocolaria cuyo contenido tiene en parte una naturaleza que concuerda con la idea de Schleiermacher y en la cual yo intentaré emular con toda modestia la altura que el filósofo y teólogo germánico atribuía en el siglo de las luces a los miembros de las corporaciones académicas.

El planteamiento de mi discurso nace de mi doble condición. Por una parte y por mi formación ingenieril me hubiera propuesto hablar de metodologías y de nuevos instrumentos con base informatizada que pueden ser de interés para quienes investigan en temas de genealogía, heráldica y materias adyacentes; pero pesó más mi condición de profesor universitario, que me lleva a la constante reflexión crítica. De ahí que mi discurso tenga por título y vaya a versar de manera crítica acerca de la idea y la existencia de las aristocracias en las sociedades.

## **MASAS Y MINORÍAS SEGÚN ORTEGA Y GASSET**

”La rebelión de las masas”, aparecida en 1930, es la obra publicada más importante y conocida de José Ortega y Gasset. En el libro se analizan diversos fenómenos sociales como el advenimiento de las masas al pleno poderío social y a partir de éste y otros hechos, se estudia y describe el concepto de lo que llama Ortega hombre-masa.

El hombre-masa es producto de una época que se caracteriza por la estabilidad política, la seguridad económica, el confort y el orden público. Según Ortega, la estructura psicológica del hombre-masa se caracteriza por una impresión nativa y radical que le invita a afirmarse a sí mismo tal cual es; a dar por bueno y completo su haber moral e intelectual, lo que le lleva a cerrarse, a no escuchar y por tanto intervendrá en todo imponiendo su opinión sin contemplaciones, según un régimen de “acción directa”. Dice Ortega que la característica principal del hombre-masa consiste en que, sintiéndose vulgar, proclama el derecho a la vulgaridad y se niega a reconocer instancias superiores a él. El concepto orteguiano se refiere a todo

aquel que se siente “como todo el mundo”, y, sin embargo, no se angustia, se siente a salvo al saberse idéntico a los demás, ya que el “hombre-masa” piensa que quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese "todo el mundo" no es "todo el mundo". "Todo el mundo" era antaño, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora "todo el mundo" es sólo la masa".

Estas palabras de Ortega y Gasset desnudan un fenómeno histórico que transfiguró la identidad de la civilización europea, especialmente durante el Interbellum (1914-1945). “La rebelión de las masas” anunciaba un fenómeno que iba a restringir las libertades fundamentales, que acababa con la aristocracia intelectual y que caracterizaba una era de colectivismo y masificación que pervive en nuestros días pese a la caída de la gran mayoría de los últimos totalitarismos, los de izquierdas, y las críticas neoliberales y funcionales al Totalen Staat, revestido tras la II Guerra mundial de Estado del Bienestar.

Pero este mismo fenómeno, a la vez sociológico y espiritual, no fue sólo producto de una época pasada, sino que representa una tendencia civilizatoria, un "horizonte histórico" revivido por la masificación del progreso y de la información. Nuevos tipos de "hombres-masas" pueblan el espacio urbano y el espacio tecnológico, bajo la falsa idea de pluralidad de sexos, de modas, de gustos, de sensibilidades. Son los hijos de la "iconografía progresista". El homo videns de Giovanni Sartori se hace realidad, bajo la falsa idea de "igualdad de oportunidades". El dinero y la propaganda determinan, en última instancia, a un hombre-medio ilusionado y creído de ser intelectual, que se siente diferente por el simple hecho de tener la posibilidad de "quince minutos de gloria".

Por otra parte, cuando Ortega habla de minorías se refiere a aquella persona que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir esas exigencias superiores. Por tanto, la división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es una división en clases sociales, sino en clases de hombres.

## CONCEPTO DE ARISTOCRACIA Y ANTECEDENTES HISTÓRICOS

En casi todas las sociedades puede hablarse de un grupo aristocrático constituido originariamente por guerreros -aunque también existen aristocracias religiosas, como los brahmanes en la sociedad de castas de la India- que, una vez asentados los pueblos, se hicieron con el control de la tierra y comenzaron a transmitir hereditariamente su rango y posesiones. En occidente este proceso aconteció en la Grecia y la Roma clásicas, así como en la Europa cristiana. En los tres casos la aristocracia sería desbancada con el tiempo por la burguesía urbana.

Aristocracia (del griego: *aristos*, el mejor, y *krátos*, poder) significa el gobierno de los mejores. Es una idea de gobierno en la que el poder soberano es conferido a un número reducido de ciudadanos que, teóricamente, son los más calificados para gobernar, ya sea por razones de linaje, por su condición de intelectuales o por la posesión de riquezas. A diferencia de la monarquía (en la cual la autoridad suprema recae en una sola persona) y a la democracia (donde la máxima autoridad ejercida por los ciudadanos o sus representantes), en la aristocracia, aunque el poder se concentra en unos pocos, la administración del Gobierno procura el bienestar de la mayoría. Ahora bien, cuando los intereses de la totalidad del pueblo quedan subordinados a los intereses de los gobernantes, la aristocracia se convierte en una forma de gobierno denominada oligarquía.

La aristocracia existía en la antigua Atenas, con anterioridad al periodo de las guerras persas del siglo V a.C., y en Esparta, prácticamente durante toda su historia. Lo mismo ocurrió en la antigua Roma durante el periodo de la República romana, desde el siglo VI hasta el I a.C.

Muchos pensadores del mundo antiguo como Platón o Cicerón veían en la república aristocrática al mejor sistema de gobierno para el hombre. Tal poder sería liderado por una élite intelectual y basada en sus conocimientos y estudios, separándose así del vulgo y de la masa inculta.

En sentido clásico, la organización política aristocrática consiste en el gobierno de unos pocos, bien porque sean los mejores en virtud o en mérito (*áristoi*), bien porque se propongan lo mejor (*áriston*) para la sociedad y sus miembros.

Para Platón, la excelencia que capacita para el gobierno no es otra que la excelencia humana total, la cual tiene su fundamento en la sabiduría, que sólo poseen los filósofos, pues al conocer el verdadero ser de las cosas son los únicos capacitados para hacer que la vida colectiva real se acerque a la ideal. En segundo lugar, afirma que sólo en virtud de un estricto proceso de selección educativa, en la que el punto de partida sea igual para todos, puede determinarse quién ha de mandar en cada momento, con lo que rechaza, por tanto, el carácter hereditario de la aristocracia. Sin embargo, las aristocracias han sido en la práctica totalidad de las veces hereditarias, por lo cual sus defensores no han podido justificarlas de forma tan satisfactoria racionalmente como lo hizo Platón, sino que han tenido que apelar a un presunto designio divino o a las ventajas de la tradición frente a las innovaciones drásticas.

En la teoría aristotélica, los pocos ejercen el poder en beneficio del todo. En la clasificación de los regímenes políticos que hace Aristóteles, la aristocracia aparece, junto con la monarquía y la democracia, como una de las tres formas puras de gobierno a las cuales se contraponen la tiranía, la oligarquía y la demagogia, como desviaciones de los mismos.

Más allá de su sentido originario, para griegos y romanos las aristocracias fueron clases sociales bien definidas, que ejercían el poder o se empeñaban en manejarlo detrás de la escena. Esto significa que desde la Edad Antigua se identifica el término como un estrato social elevado y minoritario.

Sin embargo, sólo en muy contadas ocasiones se ha dado en la historia el gobierno de unos pocos basado en sus méritos y virtudes, porque esto supone una doble, y con frecuencia difícil, aceptación por parte de los gobernados: primero, la aceptación de que sean unos los mejores y no otros; segundo, la asunción de los criterios de selección de acuerdo con los cuales se haya de establecer quiénes sean los mejores. Por eso, en algunos lugares y en ciertos momentos de la historia el régimen aristocrático se ha apoyado sobre el poderío económico y militar de los gobernantes, por lo que, en medida variable, se venía a fundir con la oligarquía, ejemplos de la cual fueron los regímenes aristocráticos de Cartago y Venecia, fueron, ciertamente, aristocracias de la riqueza.

Como señala MacIver, la aristocracia es una de las formas de gobierno que se caracterizan por la jefatura plural, en la que los individuos que ostentan la jefatura poseen igualdad jerárquica e idéntico ámbito de competencia. Este tipo de gobierno suele darse en el estado tribal y en la

ciudad-estado, pero con la aparición del primus inter pares los regímenes aristocráticos se orientan hacia el gobierno monárquico, en cuyas manifestaciones más típicas la aristocracia, como estrato social, constituye el campo de reclutamiento para el desempeño de funciones políticas y militares al servicio de la corona.

Durante la Edad Media europea no existió una verdadera aristocracia, puesto que, aunque el poder político se hallara en manos de unos pocos, cada señor feudal era dueño absoluto de su propio dominio. Más tarde, en virtud de los títulos nobiliarios se habilitaron nuevos aristócratas que influían decisivamente en la política de los reinos.

Pese a todo lo dicho, en la práctica no hubo históricamente casos significativos de "gobierno de los mejores" o "gobierno de pocos", ya que formalmente el poder lo ejercieron los reyes o, en la era contemporánea, los representantes del pueblo. Tal vez sólo exceptuaron esta regla Venecia y Polonia.

Las monarquías absolutas que se fueron implantando en Europa desde el Renacimiento restaron cada vez más protagonismo político a la aristocracia, y lo mismo ocurrió en el plano económico con el auge de las burguesías mercantil e industrial. La revolución francesa constituyó un enfrentamiento directo del pueblo con la aristocracia, incluso en el orden del lenguaje, pues la palabra aristócrata se utilizó de forma peyorativa, como sinónimo de enemigo del conjunto de la nación.

En Inglaterra el gobierno vigente desde la subida al trono de la casa de Hannover en 1714 y a lo largo del siglo XIX, aunque de naturaleza parlamentaria, era en realidad una aristocracia, pues tanto el rey como el Parlamento eran controlados por unas pocas familias. Tras el proceso de emancipación de América Latina, en algunos de los nuevos países surgidos del mismo, se dieron algunas inclinaciones hacia formas de gobierno aristocrático, que no prosperaron.

En la actualidad, el término aristocracia se usa en cualquier sociedad en un sentido más genérico en diferentes contextos para referirse a grupos poderosos, por tradición o linaje y comúnmente en cualquier sociedad se usa "aristocracia" como sinónimo de nobleza. En un sentido más amplio todavía, el término se viene usando para hablar de grupos selectos y excluyentes en diversos ambientes o contextos (por ejemplo, "la aristocracia financiera", la "aristocracia del saber", incluso la "aristocracia proletaria")

## **IGUALDAD, IGUALITARISMO Y ARISTOCRACIA**

Establecido el concepto orteguiano de hombre-masa, no hay duda alguna de que las masas están protagonizando toda la evolución social que se viene produciendo desde comienzos del siglo pasado. La ascensión de las masas al primer plano de la sociedad es innegable e irreversible porque significa que grandes grupos sociales han variado profundamente su forma de vida, alcanzando un nivel social más superior al de su nacimiento. Esto significa que, aunque sea un aspecto masivo el que su conjunto representa, los componentes de esta nueva burguesía llamada clase media disfrutaban de una posición cultural, social y económica que han ido conquistando individual y colectivamente.

Si bien ese aspecto masificado de nuestra sociedad actual es un hecho, no por ello debe perder su calidad el individuo que trata por todos los medios de sobresalir de ella, lo cual es un fenómeno consustancial con el individuo y la sociedad, un fenómeno que varía de manera notable en función de la época en que se desarrolla. Esta emergencia y preponderancia buscada y exigida por el individuo sobresaliente significa para la ciencia sociológica actual una especie de rebelión silenciosa de una minoría, quizá la formación de una nueva aristocracia. No hay duda que en nuestra sociedad actual esta manera de sobresalir se identifica fundamentalmente con el tecnócrata, constituyendo la base de la aristocracia de nuestra época.

Por otra parte, es un hecho que la sociedad actual está muy inclinada al igualitarismo, y sobre esta idea voy a seguir unas reflexiones en las cuales coincido con una tesis sostenida por el recordado Rey de Armas Vicente de Cadenas, así como con una línea de pensamiento sostenida por un extenso sector de la sociología de nuestros días y con el análisis católico de nuestros fenómenos sociales.

La idea de que cada persona tiene igual valor que cualquier otra, sin excepción de raza, color o riqueza, es un principio social y moral innegable e inamovible. Pero esa igualdad de los hombres, lógica consecuencia de la que todos tenemos ante Dios, no supone un total y radical igualitarismo. Efectivamente, los hombres son iguales en cuanto a su condición de criaturas humanas y en cuanto a sus Derechos Humanos, y en el caso de España respecto de los que ampara la Constitución; pero también, sin duda alguna, muy diferentes en cuanto a su modo de serlo. Siendo personas, no todos tienen la misma personalidad, lo que les distingue, diferencia y desigual. Todo hombre pretende y quiere ser igual ante la Ley, sin faceta

alguna que le distinga de otros, pero esa igualdad jamás puede significar la unificación y uniformidad que encierra el igualitarismo. Precisamente ahí radica esa cierta rebelión de las minorías contra la masificación, minorías que no aceptan el igualitarismo aunque sí la igualdad.

Ciertos rasgos personalizan y significan diferencias que distinguen a las unas personas de las otras, lo cual es un fenómeno irremediable e irreversible, existente y apreciado en toda sociedad y que, bajo diferentes nombres y presentado con distintos aspectos, es una constante consustancial con la propia sociedad. En cada época ha sobresalido y ha tenido predicamento, e incluso poder, una aristocracia: Primero lo fue la Nobleza, cuyo origen más predominante lo tiene en la milicia; también hubo aristocracia de la cultura, de la industria y las artes; la hubo antaño en la medida de la riqueza y aún lo continúa siendo de una manera decisiva, pero a ésta aristocracia del poder económico se ha unido la de la tecnología, es decir, la que se basa en la cultura especializada y, también y sobre todo una potente aristocracia que de constante emergencia y retroalimentación que es la relacionada con la profesión de político, y recalco el término de profesión, o llámenlo si quieren “carrera política” usando la expresión al uso de los ejercientes vitalicios de tal oficio que debería ser, en general, un servicio eventual y transitorio.

## **LA ARISTOCRACIA DEL DINERO**

En la Grecia clásica, los eupátridas -los "bien nacidos"- constituían una nobleza guerrera hereditaria que se convirtió en terrateniente. Tiempo después los grandes comerciantes se unieron a ellos formando la plutocracia o clase de los ricos, cuyos intereses comunes los enfrentaban a los llamados demócratas, que exigían mayor riqueza y poder para pescadores, artesanos y pequeños comerciantes. En Roma, tras el igualamiento legal entre los patricios y la plebe, en el siglo III a.C., se formó una nobilitas del dinero que poseyó el control del estado hasta el final de la república.

En el modelo actual de sociedad la creme de los ricos la constituye un reducido grupo de familias y personas que en su mayoría se ocultan de la opinión pública, no sin razones. Otros han conformado, o se les ha conformado una especie de moderna y espuria nobilitas de gran potencia fáctica.

## **ARISTOCRACIA OBRERA**

Es una expresión acuñada por Federico Engels para denotar la formación bajo el imperialismo de un sector privilegiado dentro del proletariado de los países capitalistas más fuertes que sirve de canal de penetración de la política burguesa en el movimiento obrero y de difusión del reformismo en su seno.

Hoy, esta capa alta, relativamente pequeña, de la clase obrera de los países capitalistas está constituida por obreros -a menudo altamente calificados-, es un estrato social que se pasa al lado de la burguesía por las dádivas que reciben, al tiempo que arrojan sobre la masa de los obreros y los inmigrantes el peso del trabajo peor retribuido y menos cualificado. Esto lleva a una cierta escisión de la clase obrera y a la erosión de su conciencia de clase.

El fenómeno es conocidísimo en España, como lo fue en Inglaterra desde el siglo XIX y en toda Europa y EEUU en el XIX: se eleva el salario a ciertos trabajadores, se proporciona buenos puestos a la burocracia obrera en el aparato estatal y en los sindicatos, les concede horas sindicales, se les garantiza su puesto de trabajo a salvo de despidos, etc... No aparece públicamente como una forma abierta de corrupción, sino institucionalizado en una política social y asistencial que conforman lo que califican de un estado de bienestar del que sólo viven, en realidad, un puñado de bien remunerados, sindicalistas y algún otro colectivo. Se ha generado así toda una casta. Este sector obrero es el soporte social de la socialdemocracia, el reformismo y el revisionismo. De ahí que esas corrientes tengan un carácter internacional y permanente.

## **LA ARISTOCRACIA POLÍTICA**

Un agravante comparativo del sectarismo que se detecta en la convivencia en la sociedad española, es la diferencia existente entre los representantes políticos y sus representados. La sociedad española ha consentido la formación de una nueva aristocracia social, una clase privilegiada dentro de la categoría general de los ciudadanos, de todos los españoles, que se desarrolla y afianza: la “aristocracia política” que dado su grado de poder actual, debe definirse científicamente como “castacracia”.

Los políticos recogen los privilegios de la nobleza aristocrática del Antiguo Régimen, ejerciendo su actividad desde un estatuto específico, beneficiándose de una normativa particular, de un estatus propio. Los partidos políticos se han convertido en las nuevas dinastías sociales, distribuidoras de privilegios entre sus miembros. Los ciudadanos solo podemos ser representados por unas listas, cerradas por los partidos políticos que tienen el monopolio del poder, que se intercambian alternativamente, pero siempre permanece en sus manos. Los políticos no cobran en sus sueldos lo que les corresponde, por su rendimiento, por su capacidad, por su formación o por su esfuerzo, sino lo que corresponde al cargo que ocupan. Los políticos no se examinan para ocupar determinados cargos en la administración, son elevados por el soplo de los partidos políticos que les apoyan y con eso es suficiente. No hay mecanismo de control que regule sus acciones, que en muchas ocasiones están más orientadas a fines electorales que sociales.

Las consecuencias no son sólo económicas, sino también culturales y, lo que es peor, morales. Pero eso hemos querido, colectivamente, con el postmodernismo en detrimento del valor, de la inteligencia y de la Historia.

## **LA ARISTOCRACIA COMO ESTRATO SOCIAL Y COMO FORMA DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LA SOCIEDAD GLOBAL**

Como síntesis del devenir conceptual que hemos analizado se puede afirmar que la aristocracia, como estrato social, estaría idealmente constituida en la teoría platónico-aristotélica por aquel grupo de personas que ocupa la cúspide de la ordenación jerárquica de la sociedad en conjunto, encarnando los valores y el estilo de vida considerados como óptimos en cada sistema cultural, al tiempo que desempeñan las funciones superiores de rectoría y ocupan la posición social más alta, en la posesión y en el prestigio, o al menos en uno de los dos.

Un pensamiento evolucionado a partir de la idea clásica de aristocracia sostiene que, al igual que en los restantes estratos, el estamento aristocrático actúa como receptor y transmisor de la condición social, pero en ella alcanza un sentido peculiar y distintivo: aparte de recibir y transmitir los valores, estilo de vida, ejecutoria y posición social del propio estrato, cada familia recibe y transmite lo que en ella haya de singular: nombre, títulos, tradición engendrada por sus antepasados, etc..., proporcionando a sus miembros,

junto con la conciencia de pertenecer al estrato más alto, la conciencia del honor y dignidad específicos, alcanzados por su familia en particular.

Lo anterior se refiere al modo de transmisión y conservación de la condición aristocrática, pero no a su adquisición y a las posibilidades de adquirirla a partir de un estrato social inferior. A este respecto la aristocracia se divide en abierta y cerrada. En las cerradas la condición social aristocrática se extiende, con carácter exclusivo, a un número determinado de familias y a sus descendientes biológicos, lo que unido a la práctica del matrimonio endogámico, hace imposible el acceso desde otros estratos. Tal tipo de aristocracia es común en las sociedades ordenadas jerárquicamente en castas.

Por el contrario, las aristocracias abiertas -y lo pueden ser más o menos-, permiten el ascenso hasta ellas y regulan, incluso taxativamente, las cualidades y méritos que deban reunirse para lograrlo. En cualquier caso, la dificultad de cumplir los requisitos exigidos hace que las aristocracias abiertas también sean grupos minoritarios, al menos en sus épocas de plenitud. Precisamente una de las causas más frecuentes de la decadencia de las aristocracias abiertas consiste en la relajación del rigor en la admisión de nuevos miembros, dando entrada a las mismas a quienes no posean las cualidades y hechos tradicionalmente exigidos, pero dispongan del poder o del dinero necesario para imponer o comprar su ingreso. Las aristocracias abiertas tienen su lugar propio en las sociedades jerarquizadas en estamentos, y pueden subsistir difícilmente en otros modelos de sociedad actuales, donde apenas conservan su fisonomía peculiar y sólo en algunos casos algún atisbo de la función directiva originaria, ya que las tendencias democráticocentrífugas que predominan en ellas plantean graves contradicciones respecto al espíritu de estricta selección y limitación cuantitativa en el que se basan las aristocracias.

Para comprender correctamente el espíritu de la aristocracia como estrato social -o, dicho en otros términos, la condición social aristocrática- hay que referirlo al momento de su nacimiento, que es también, por lo común, el momento en que nace o se constituye un nuevo orden en una sociedad global ya existente o, incluso, una nueva sociedad global. En tales circunstancias, la aristocracia se forma por el conjunto de individuos que identifican su destino personal con las nuevas metas y valores colectivos, asumiendo como propias las funciones políticas y guerreras. A causa de lo cual configuran un estilo de vida basado en la obligación moral contraída con la propia conciencia -“nobleza obliga”-, que se proyecta hacia los otros

estratos sociales con pretensiones de ejemplaridad. Son las “aristocracias en forma” de las que habla Spengler. La misión histórica que asume la condición de aristócrata no se concibe como una justificación ante el resto de la sociedad, sino como la manifestación natural de la propia preeminencia aristocrática. Propio de las concepciones morales aristocráticas es la creación de un “código de honor” que establezca los deberes y derechos de sus miembros y que intente evitar los posibles abusos y desviaciones de los mismos.

Tal posición de preeminencia, que tiene su correlato en la propiedad -especialmente territorial- y en los honores, fue aceptada –no siempre- por los demás estratos sociales como un hecho natural, en los momentos de nacimiento o constitución del nuevo orden social o de la sociedad global nueva. Lo que hacía posible la aceptación de las aristocracias nacientes por los restantes estratos es el que, en virtud de la posesión de una cierta *sagesse synthétique* según el criterio de Comte, identifican su vida individual y corporativa con las metas y valores de la sociedad, demostrando poseer mayor ponderación, altruismo, universalismo y visión de futuro que los otros estratos sociales.

Cuando la función fue perdiéndose y abandonándose, tal espíritu quedó periclitado y tuvo que adaptarse a un nuevo planteamiento, por lo que la aristocracia tendió a conservar sus formas externas y cierta preeminencia, convirtiéndose sus antiguos privilegios y honores en meras manifestaciones de un pasado glorioso. Tales momentos fueron aprovechados por otros estratos -especialmente por la burguesía- para desplazar a la aristocracia de las funciones directivas de la sociedad, sin asumir sus rasgos positivos originarios, bien debilitándola por medio de la apropiación de sus recursos económicos y de su influencia política, bien beneficiándose de su superioridad en formas y honores, a través de una adecuada política de matrimonios.

## **LA ARISTOCRACIA DE HOY**

Los títulos, ganados antaño por grandes servicios a la patria, eran espejo y referencia. Y por siglos lo fueron, con algunas excepciones, de catolicismo convicto y confeso. Y ejemplo para hidalgos y plebeyos, por su señorío, por sus caridades, por su adhesión a la religión de Jesucristo. En nuestro pensamiento se agolpan numerosos casos de ilustres aristócratas, unos ya fallecidos, otros felizmente todavía entre nosotros, todos ellos caballeros y

damas hijos fidelísimos de la Iglesia, paradigmas de ejemplaridades personales y católicas. Y pienso que ese es el papel aristocrático del estamento noble de nuestros días: el ascendiente ejemplarizante -sin duda una forma de poder- sobre el común social.

Frente a los peligros de las falacias igualitaristas reflejadas en una homogeneización de ciudadanos a la postre más manejables se encuentra un modelo social que combina testimonios de su pasado histórico y de la esfera simbólica con un funcionamiento adecuado de sus aparatos administrativos, consagrados exclusivamente al bien común desde la concepción que el humanismo cristiano tiene de la estructura democrática de la sociedad.

Si etimológicamente, la palabra aristocracia significa "gobierno de los mejores", desde el concepto más operativo de la filosofía política, la elección democrática debería dar lugar a un estrato gobernante selecto. Las dos preguntas clave que ha de responder cualquier teoría política que defienda este proceso son: "¿los mejores en qué?" y "¿cómo saber en cualquier momento que los que gobiernan son realmente los mejores?".

En el siglo XXI la sociedad del mundo occidental no ha resuelto aún el añejo problema planteado por la filosofía y la teología: ¿quiénes deben ejercer el gobierno?

La perfección del gobierno concebido por Platón contrasta con nuestro orden político imperfecto, ejercido por personajes igualmente imperfectos; que en esencia es lo que San Agustín asienta cuando expresaba que el orden político era un mal necesario producto del pecado original, de la mala levadura con que está hecho el ser humano... La imperfecta democracia no está en manos de los mejores hombres como lo proponía Platón, se sustenta en el frágil equilibrio de poderes ejercido en muchos casos, como sentenció San Agustín, por hombres imperfectos, agrupados en partidos políticos también imperfectos, que han producido un orden político que con frecuencia es asimismo imperfecto.

Todos somos iguales, el Estado se asegura de esta prestación. Simple utopía, simple eslogan publicitario para esconder, cuando no desterrar en los medios de comunicación, las diferencias naturales de mérito y capacidad, y la verdadera igualdad de hombre medios que es la masa indiferenciada en Internet.

El conocimiento hoy no es aprendizaje, es información barata, directa y compartida, repetida hasta la saciedad; la diferencia no es jerarquía y mérito, sino la simple diversidad de gustos y modas, de marcas comerciales

convertidas en ritos colectivos y en estilos de vida, siempre que llame la atención pública y sea reconocido como "derecho cultural". La nueva aristocracia pseudointelectual, escenificada en los platós de televisión y en los escenarios musicales o teatrales, representa al tipo medio del "hombre masa", acertadamente definido por Pablo Molina como "icono progre". Este icono muestra el mito del progresismo igualitario y masificador que esconde la realidad de ser hombre-masa bajo la ilusión comercial y publicitaria de ser un ser a la vez "igual y diferente"

La respuesta a los desafíos de nuestra época sólo puede ser ética. Pero no olvidemos en el camino la necesidad de la virtud, es decir la fuerza que debe sustentarnos durante el recorrido. Una democracia basada únicamente en la horizontalidad, en la elección de todos por todos, conduce a la demagogia, al populismo, a la mediocridad y, finalmente, al triunfo de los inmorales, por una inversión perversa de la pirámide. Pirámide del mérito, a eso me refiero, por lo que reivindico una aristocracia de la democracia, basada en su significado inicial, que consiste en darle la responsabilidad a quien se hace merecedor de ella. La democracia como sistema político formal sólo es aceptable y útil si sus mecanismos internos contribuyen a la elección-selección de los mejores para representar a los demás, no como papagayos de la multitud, sino como conductores.

Señoras y señores: Acabo este parlamento reiterando mi gratitud a la Academia Valenciana de Genealogía y Heráldica por el honor que nos dispensa con el nombramiento de Académicos Correspondientes y de Número y por la benevolencia de todos Vds. y su atención a mi discurso, que quizá haya puesto a prueba vuestra paciencia y magnanimidad y que, a buen seguro, hubiera sido más profundo, jugoso y florido en la pluma y la voz de cualquiera de los académicos que hoy han quedado investidos.

Muchas gracias.